

EL DESCAMISADO



Organo de "Los Descamisados"

Redacción y Administración: San Pablo, 96

No se admite á los corresponsales devolución alguna



HORAS DE OFICINA

De 10 á 12 mañana y de 3 á 5 tarde



Trimestre fuera 1 peseta
Portugal 1'50
Extranjero 2
Número suelto: 2 céntimos

¡Preparad la estaca!

No creáis que pretenda disolver á estacazos algún grupo de catalanistas, no; pero en la nueva lucha, que para nosotros significa el resurrexit de todos los radicales frente á los vampiros del pueblo, no hay que dormir el sueño de los justos, sino preparar la estaca.

La Solidaridad Catalana se halla totalmente disuelta, la ley de Jurisdicciones continúa en pie, y Cambó, el enemigo del Poder central, pacta vergonzosamente con el presidente del Consejo.

La Cataluña imbécil que se levanta amenazadora señalando á Lerroux como autor de los atentados terroristas y del crimen de Hostafranchs, ahora baja su cabeza y continuamente ve la sombra de Rull subiendo las gradas del cadalso.

El pueblo elector, que entregó sus voluntades á la Solidaridad Catalana creyendo *algunos* de buena fe que iba Cataluña á redimirse de la opresión clerical y caciquista, maldice ya de sus representantes y clama venganza por tan miserables engaños.

Por fin ha reconocido Cataluña que los buenos, los honrados, somos nosotros.

Alejandro Lerroux está rehabilitado, y estándolo Lerroux, lo está el pueblo radical.

Como somos fuertes, hemos aguantado todas las tempestades de la lucha que contra nosotros se ha desencadenado; pero ahora nos toca á nosotros.

Para triunfar no necesitaremos hundirnos en las tinieblas como vosotros, sino á la luz del sol, con el corazón y con la estaca.

En el próximo Octubre hay elecciones municipales, y los descamisados queremos asaltar el Ayuntamiento y apoderarnos de sus escaños.

El Ayuntamiento de Barcelona se halla convertido actualmente en feudo de la burguesía clerical, y es menester que el pueblo entre á saco en dicha casa, purificando con el aire popular el ambiente.

Para triunfar en Octubre se impone un nuevo sacrificio que representará para Cataluña la reconquista de la libertad.

Yo ya sé que el batallón de los prudentes, que equivale á decir de los inválidos, inventarán nuevas calumnias para derrotar á nuestros candidatos; pero contra la calumnia se levantará la soberana estaca, que la deshará rompiendo las costillas del calumniante.

Que sea el próximo Octubre el mes indicado para iluminar la libertad con el entusiasmo popular.

La salvación de la patria depende de vosotros, de los descamisados.

Preparad la estaca y á triunfar.

PIERRE

DEL CERROJAZO (1)

MAURA Y SU LLAVERO

Se dispó la atmósfera asfixiante que en el Congreso, en la calma enervante de las tardes de estío mauristas, llenaba los cerebros clérico-terroristas de los diputadillos-mauro-solidarios, de fúnebres ideas, presagios funerarios.

Nació un sol de elegía todos están contentos los graves esperpentos no ocultan su alegría.

Maura con su llavero de llaves enmohecidas como las burricidas voces de su avispero

dió el hábil cerrojazo á las Cortes suicidas; ¡oh lechuzas dormidas! no caigáis en el lazo,

que vuestros enemigos los diputados-latas se quitan sus batas, se pondrán sus abrigos...

¡y al Congreso otra vez! que el diputado-lata tiene un gesto que mata (1) y se duerme después.

¡Oh lechuzas dormidas, no caigáis en el lazo que las Cortes suicidas no tendrán cerrojazo!

pues quien las ha cerrado por *solí* conveniencia por *solí* exigencia las habrá *aperturado*.

(1) Versos inverosímiles para criticar la verosimilitud de la maldad solidaria.

Mas dejémonos de historias y de cuentos y vayamos á ver que ha sucedido en estas Cortes que en Madrid han sido para hundir á liberales elementós.

Era una tarde canicular, sedienta de sucesos. la Cámara política como nunca animada esperaba á Soriano que nació de la nada. Y Soriano llegó, y excitó con abcesos

De su furia biliosa, el carácter apático del rebaño maurista y del corral solidario, que iracundos se irguieron en insulto arbitrario para tapar su boca de perfume linfático.

Lacierva el de Mula lloraba sin tregua Cambó *el de la herida*, se hundía en su escaño Pidal el barbudo pedía *un amaño* y el chato Barroeta, ufano y de gua-gua

sumaba un veguero, regalo de Maura. Y aun siendo la cosa tan vergonzosa y fea el propio *Sorianet* que encendió la tea fué sacado entre abrazos, luciendo su *asaura*,

Floripondio el pretexto, Doña *solí* la causa el Congreso escenario, el gesto necesario en medio de su pausa

lo realizó D. Maura alegre y satisfecho. Cerrojazo y ¡al lecho! pensó al pensar en Laura (2)

el mallorquín jesuita que des gobierna á España con Laciervas y Ossorios de menos ó más maña, *La comedia é finita*.

MAURITA

(2) Esta Laura siempre ha sido para los profanos un misterio.

Los jesuitas en acción

Ya se acabó el período parlamentario. Las sesiones de Cortes han terminado con una algarada más propia de corral de gallinas que de Congreso de diputados.

La muchedumbre de vagos con acta debe descansar á horas de ahora por esas playas de su dominio, de la fatigosa labor de explotar y expoliar al país.

No pudo ser más funesto para España el período que acaba de transcurrir y al que ha dado fin con su grotesca violencia, ese amparador de las causas clericales y de las pretensiones jesuíticas y vaticanistas que se llama Antonio Maura.

Hombres como ese bastan para aniquilar á una nación ya de por sí débil como la nuestra, en el corto espacio, más

que de su gobierno, de su dominación insostenible y tiránica.

Ese hombre, que tiene con los ciudadanos de España tantas ofensas que lavar como cabellos peina en su cabeza igniciana, tras del desastrosísimo período parlamentario, se retira á descansar en compañía de su confesor, de su amigo inseparable, más bien.

Su conciencia, tranquilizada por la acomodaticia moral de los hijos de Loyola, no dirá al Sr. Maura nada que se asemeje á un remordimiento ó un reproche.

Es muy natural. Como dicen los *paters* del habero, que son los más fieles consejeros del jesuita mallorquín; «para conseguir un fin todos los medios son buenos»; así el propietario de Valldemosa emplea todas las fuerzas que se hallan á su alcance para lograr su ansiado fin:

Poner á los pies de la Tiara á los r ductiblemente liberales hijos de España, maniatados por la más feroz tiranía.

Al efecto, intentó formar una escalera de esclavitud, cuyas gradas serían los grilletes con que pausada, pero incesantemente, se proponía atormentar al pueblo.

Todo tirano, además de su corte de aduladores incondicionales, tiene un grupo de inquisidores para todo.

Y cuando la labor de Maura iba á dar comienzo, surgieron á la liza política nacional hombres de conciencia depravada y degenerados instintos, que en la lucha local de una región habían dado pruebas de su encanallamiento y perversión.

Como el diablo los cría y ellos se juntan, para secundar los proyectos inquisitoriales de Maura se formó un cuerpo a que se dió el nombre de Solidaridad.

Se hundió el motor principal de este cuerpo, y el Sr. Cambó, descendiente de una familia carlista y cuyo abuelo tenía su conciencia negra por los crímenes políticos cometidos, puso á contribución su, para el mal, clarísimo talento, con objeto de ayudar con toda perfección á los planes del maurismo,

Juntos, pues, Maura y el jesuitismo, Cambó y la Solidaridad elaboraron tanto proyecto como el pueblo liberal ha tenido que hundir luego en la charca del deshonor.

Tras de la antipopular y ya aprobada ley de huelgas, que es para la burguesía poderosa ayuda contra el proletariado, la ley de Administración local se cernió amenazadoramente sobre el pueblo.

El empujón de éste ha impedido que por ahora, la reacción *mancomunada* para todo mal pueda derrocar sañudamente los derechos populares.

Luego, el proyecto de ley contra el terrorismo, que mejor puede titularse proyecto de ley contra la libertad, motivó que el pueblo se levantara en masa para mantener á toda costa y en todo su vigor las libertades públicas, sin las cuales nuestra vida sería imposible y que se nos pretendía arrancar.

Los reaccionarios transigieron también entonces, pero hubiera sido preferible lo contrario, para ver si obstinados ellos y nosotros, dábamos fin con nuestro empuje á ese tablado de arlequín de que tanto abominamos, y que la reacción Mauro-solidaria tanto ha socavado y quebrado con sus desmanes.

Por fin, todas las huestes clericales que tanto nos odian, maltrechas y vencidas de momento, aprovechan una comedia para dar fin á la labor parlamentaria y evitarse el ridículo de una derrota manifiesta.

Se levanta en los escaños del Congreso,

en la tarde del sábado pasado, un caballero gallinita:

«¡Lacierva es esto! ¡Lacierva es lo otro y lo de más allá!» vocifera el diputado mujercita.

El de Mula le contesta. Se apostrofan, riñen.

Las mayorías y minorías les corean en uno ú otro sentido.

En el ambiente del Congreso hay un vaho de tragicomedia que repugna. Son los padres de la patria que discuten como las comadres en la plaza pública.

Arrecia el escándalo; no se entienden. D. Floripondio, el diputado-mujercita, es expulsado del salón por otros de su propia condición.

Un padre jesuita, escondido entre los anchurosos pliegues de la conciencia de Maura, dicta órdenes severa y nerviosamente.

El jesuita mallorquín sube á la tribuna y con la misma nerviosidad que el jesuita de su conciencia, se arma de su llavero y declara cerradas las Cortes.

En los labios de la mayoría conservadora y de la minoría solidaria flota una pregunta tímidamente.

El mártir de Cambó, delegado de Maura, la contesta con los ojos fosforescentes.

Parece que los ojos de Cambó, con fulgores de odio, dicen algo así: «Hoy el descanso, mañana la lucha. Por nuestra cobardía hemos sido vencidos, mas no importa».

A descansar y reflexionar: la paz del campo, que si tuviéramos conciencia tanto nos la atormentaría, dá á nuestro cerebro malignos proyectos.

Cuidad sólo de que el licor de la meseta, que tanto paladeamos en nuestras propiedades, no ofusque las inteligencias. Somos la reacción. Somos la maldad. Desde nuestras covachas preparemos el golpe de muerte para el pueblo.

Por orden del Vaticano, por delegación de Maura, os lo mando yo.»

Y es que seguramente se figuran que el pueblo duerme.

Nosotros podemos afirmar todo lo contrario.

Descamisados, patriotas, proletarios: Alentemos á Maura para que con Cambó y la reacción prosiga su obra reaccionaria hasta que el tablado de arlequín que minan y socavan, á pesar de ser su sostén, se halle al alcance de nuestros puños.

Trabajemos activamente que los jesuitas en acción nos ayudan.

Espanoles:

¡Abajo el tablado de Arlequín!

¿Qué pretenden?

En el «Centre de Dependents del Comers y de la Industria» (que de lo que menos tiene es de centro de dependientes), se celebró el otro día una reunión para estudiar los trabajos conducentes á regalar, para las Casas Consistoriales de Barcelona, una bandera con las cuatro barras.

Esta bandera debe ondear en todas las solemnidades oficiales.

La reunión, efectuada por diversas entidades solidarias, singularmente las de más significación reaccionaria, estuvo muy animada.

Es muy peligroso y más aventurado hablar de ese proyecto reaccionario, pues no puede todavía precisarse la verdadera finalidad, la perversa intención de esos elementos que pretenden hacer de Barcelona una ciudad excepcional é incivilizada, donde tengan lugar luchas

fratricidas bajo pabellones y banderías infamantes.

Esas gentes que invocan para tapadera de sus fines bastardos el sagrado nombre de una región y el más sagrado todavía de su bandera, pretenden establecer peligrosos equilibrios entre el respeto y cariño á una cosa, como la bandera catalana, de sublime historia, y el pabellón español, padre respetabilísimo de las regiones cobijadas bajo el techo de la patria.

Lo que intentan estas gentes es muy peligroso. Se figuran que jugar á patriotismo se puede hacer impunemente; tan superficial consideran ese sentimiento.

Las gentes sensatas, aun las más cegadas por la pasión política, no pueden estar conformes con el imperdonable sectarismo de las entidades solidarias que celebraron la reunión para ese negocio de la bandera.

Intentan hacer de las cuatro barras catalanas (que tanto dicen querer y que tanto manchan) símbolo de odio colocado en la cima de nuestra Casa Comunal. Y eso no puede ser.

Lo que pretenden esas entidades y sus adheridas es una barbaridad política.

Provocar á los elementos respetables que, por su situación, no toman parte en las luchas más que cuando con la dejadez de los gobiernos coincide la fatuidad de sus miserables enemigos los separatistas, es una infamia imperdonable.

Esa idea, que por venir de estas gentes es despreciable, debe ser enterrada.

La gloriosa enseña de Cataluña no puede ser objeto de odios y rencillas; no puede ser traída y llevada por esos elementos que la mancillan con sus actos infames.

Si fueran ellos personas tratables, les aconsejaríamos que desistieran de su mísero empeño.

Estamos convencidos de que ello es jugar con fuego; y quien con fuego juega, se quema.

El iniciador de esa idea, el concejal católico-regionalista en Ferrán de Sagarra, jesuita redomado y... hacendado riquísimo, no ha caído en la cuenta de que el juego puede salir un poquito desigual.

¿Qué pretenden con ese proyecto sus iniciadores? ¿Concitar odios, quemar las pasiones?

Pues van equivocados porque para su conducta hay dos remedios simultáneos y aplicabilísimos: la estaca y el desprecio.

Los elementos liberales, el pueblo radical, no permite que se insulte á la bandera catalana y se la haga objeto de insidiosos canallas.

La bandera española, la catalana, como los emblemas de las demás regiones, son intangibles, inmarcesibles.

Y las comadreas despreciables no pueden salpicar con su baba sus pliegues sacratísimos.

Alerta, pues.

Los esclavos del hambre

El despertador de mi vecino deja oír su agudo repiqueteo á través de las paredes; me restrego los ojos y la luz pálida de los primeros rayos solares inunda la modesta *chambre*; el agua refresca mi cara, me visto, y á las seis en la calle.

El fresco matinal ensancha los pulmones. A los cuatro pasos veo á una mujer que revuelven la basura depositada en unas cajas de zinc; cogen papeles, trapos y todo cuanto creen que podrá

darles algún beneficio; sus manos sucias se hunden hasta el fondo de las cajas, agitando aquellos detritus; llenan cestas y sacos, y cargando con ellos, van en busca de unos céntimos con los que poder engañar el hambre que sufre su estómago.

En la rue Montmartre, un viejo vestido de manera grotesca, con un chaqué antediluviano, unos pantalones raídos y un sombrero hongo que se le calaba hasta las orejas, acaricia con sus manazas los depósitos de basura; de pronto, un rapaz situado un poco más allá, y que se dedica también al descubrimiento de piltrafas cotizables, corre hacia el viejo y, como primer saludo, le da un empujón y le vocea para hacer valer lo que él cree mejor derecho; el viejo gruñe, mas lo piensa mejor, y lanzando una mirada de desprecio á la basura y al muchacho, se hace digno del héroe de Lope de Vega que:

«Caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.»

El lobezno ahuyentó al lobo; satisfecho quedó el rapaz; en la lucha que comenzaba por la vida había alcanzado una victoria; para vivir hay que ser fiera, y él ya había enseñado la zarpa.

En los grandes boulevares, en la puerta de un restaurant de *cocottes*, señoritos y calaveras, había un grupo de hombres y mujeres de caras macilentas y ropas raídas, que aguardaban; el tiempo pasaba, y sus miradas expresaban la inconsciencia del idiota; por fin salió un hombre con un cesto y fué repartiendo los trozos de pan que sobraran del día anterior.

Puestos en fila cada cual cogía el pedazo, y la mayor parte se lo llevaban á la boca ávidos de aplacar las demandas de lastre de su estómago.

No hubo para todos, pero no hubo protestas; tan sólo en los ojos brilló la envidia.

Un hombre joven, robusto y no mal vestido, se quedó sin pan; por mi mente cruzaron las palabras con que le hubiera calificado un burgués: ¡un vago!; mas yo pensé que más bien era un padre que no se hubiera comido el pan como los otros, sino que lo hubiera guardado para sus pequeñuelos, porque sus miradas no fueron de envidia, fueron de abatimiento.

Aquellas reflexiones eran horribles; la indignación brotaba en mi pecho, mi mente rechazaba á Tolstói y me hacía afiliarme al lado de los revolucionarios rusos que ensalzan á Marat. Si, hay que matar por amor, dicen ellos; he aquí por qué las revoluciones no pueden ser bellas y han de ser sublimes; como la tempestad que inunda los campos, que desborda los ríos, que rasga el espacio con sus rayos, que destruye todo lo que se opone á su inmenso poder; pero que deja una vena de riquezas para lo sucesivo, con sus légameos en el llano y con el agua que, avarientas, absorben las montañas para devolverla pura y cristalina á la madre naturaleza en fuentes y arroyuelos que esparcen la alegría del vivir.

La *griseta* me esperaba con la cara sonriente y su charla amena disipó toda esta vulgar filosofía, así como el mendrugo disipa el hambre del mendigo; y es que el pobre no ve de la caridad más que la mano, no ve las entrañas; lo mismo el *fianci et moi* no vemos más que las coqueterías que nos prodiga á cada uno, pero no vemos su corazón.

Del mismo modo las grandes ciudades no nos enseñan más que su faz hermosa,

sus oropeles; pero no sus entrañas, porque en ellas están los esclavos del hambre.

J. MORENO

CONTRA LA SOLIDARIDAD

El partido federal

La recta conciencia del ilustre federal D. Nicolás Estévanez ha dado una vez más patente muestra de su honradez política y entusiasmo por la libertad, en unión de sus integérrimos amigos, que, con voluntad indeclinable, siguen los sabios principios de Pi y Margall.

En efecto, el pasado martes insertaba nuestro querido colega *El Progreso* el manifiesto que el Consejo federal, por delegación de los elementos que le eligieron, dirige á sus correligionarios, á los liberales y á la opinión pública de España, demostrando, como siempre, que el partido federal, el más limpio é ilustre en sus principios se halla dispuesto á la lucha por la libertad con elementos afines.

A la vez el citado manifiesto es una nobilísima y violenta diatriba contra esa Solidaridad que pretende deshonorar el sagrado nombre de Autonomía, incluyéndolo en un programa que firma un carlista al lado de un falso republicano.

El sano antisolidarismo de este documento convencerá sin duda á los escasísimos hombres del pueblo que olvidaron sus principios liberales para prestar ayuda al odioso movimiento solidario y hoy se mantienen en la más cruel incertidumbre.

Dada su hermosura, no podemos resistir á la tentación de copiar de este manifiesto federal, que, firmado por el ilustre Estévanez y el secretario del Consejo D. Alfredo Flores, han dirigido al pueblo español, algunos párrafos; así, los pocos que los desconozcan podrán apreciar, por las siguientes líneas, su grandeza de miras y elevadísima finalidad.

He aquí algo de ese notable manifiesto:

«...Obedecen, pues, su quietismo y su pasividad (la del partido federal) á la rutina en los procedimientos, á lo arcaico de su organización y á los resabios de la decrepitud, resabios adquiridos en un largo periodo de jugar al parlamentarismo sin fe y sin esperanza».

«En esta crisis, que parece bancarota de la democracia, no es el partido federal el que más puede quejarse de su suerte, pues su glorioso programa ya lo es—en lo esencial—de todos los partidos españoles. El triunfo de Pi y Margall es evidente: hombres y partidos que de nuestras ideas abominaron, se proclaman hoy autonomistas; las salvadoras ideas que un tiempo nos separaban, son las que hoy nos acercan y nos unen».

«Fue tan eficaz, tan fructífera, la tenaz propaganda del inmortal maestro, que hasta los elementos más hostiles á la democracia defienden hoy la adorable autonomía».

«Es claro que nosotros, fieles guardadores del programa, no hemos de permitir que nadie lo desnaturalice y adultere con ensayos de un federalismo antiliberal y antipatriótico».

«Pero á los hombres que lo acepten íntegro; á los que consideren que la libertad y la República son complemento necesario de la autonomía; á los que quieren la autonomía conjuntamente con los derechos del hombre; á los que hagan suyas las palabras del maestro»:

«La libertad sin la igualdad, es privilegio; la igualdad sin la libertad, servidumbre; la fraternidad, sin la libertad y la igualdad, un sueño...»

«A esos, á los que conciben la grandeza de nuestros ideales, se sientan demócratas, amen la República y adoren la Libertad, les ofrecemos una vez más el

Programa salvador y les prometemos ser soldados del partido que lo proclame y defienda para salvar a España, desangrada y deshonrada por el centralismo, el capitalismo y el clericalismo.

Entre nosotros no hay quien pretenda jefaturas. Acéptese el programa, y todos los puestos quedarán vacantes para que los ocupen los que designe el pueblo. Ni siquiera es cuestión para nosotros la del nombre que haya de tener el partido que se constituya: que se llame federal, socialista, progresista, radical, autonomista, comunero ó simplemente revolucionario, eso nada nos importa: lo que nos importa es el programa. Y ese está aceptado por la generalidad de los republicanos, si han dicho la verdad los que han expuesto su pensamiento al público.

Brindamos, pues, el programa a todos los republicanos españoles, entre los cuales hay muchos que lo combatieron cuando no lo conocían. Léanlo todos y, sin duda, lo adoptarán como programa común los que anhelan ser autónomos en el seno de la libertad.

Regiones hay que han buscado la autonomía sólo para ellas, porque han visto indiferencia y apatía en las otras; pero los hombres que sean de veras republicanos, y autonomistas de veras, tornarán al seno de la democracia liberal cuando se haya disipado el olor á incienso de las bombas; bombas liberticidas y enervante olor, que han perturbado las inteligencias y torcido muchas voluntades...

Por lo transcrito podrán los lectores apreciar la grandeza de este núcleo que, por la salvación de la esclavizada España, se ofrece á los partidos honrados para librar la cruzada por la libertad.

Estamos en ello indenticados.

FECHA MEMORABLE

MENDIZÁBAL

EL DESCAMISADO, fiel á todas las memorias liberales, recuerda á sus lectores la fecha gloriosa del 29 de Julio de 1837, en que el hombre ilustre cuyo nombre encabeza estas líneas, dictó su célebre decreto de expulsión de las órdenes religiosas.

Pasa un aniversario más. No deben seguir muchos.

La situación va siendo idéntica á entonces. ¿Porqué, pues, no han de venir á nosotros las mismas circunstancias?

¿Acaso las mismas causas no llevan casi siempre los mismos efectos?

Recordemos la fecha de Mendizábal con intenciones de repetirla.

La mejor manera de honrar á un hombre y realzar su idea es imitarle.

Mendizábal debe ser imitado.

EL DESCAMISADO lo siente así con todo su entusiasmo.

Crónica sevillana

La atención de las corporaciones públicas, y aun de aquellas personas que, por la significación que ostentan, están obligadas á dar su parecer y á no permanecer impasibles cuando de un asunto de vital interés se trata, ha estado fija, durante la semana, en la cuestión llamada del agua, hasta el extremo de que dos concejales, uno en actual servicio (D. Angel Camacho) y otro durmiendo, como se dice en lenguaje masónico (don Alejandro Guichot), han estado á punto de tirarse el acta de concejal á la cabeza...

Afortunadamente para todos, la polémica no ha pasado á mayores, porque una vez que el Sr. Camacho aseguró que no consentía á nadie, «ni á D. Alejandro Guichot, ni á don Alejandro Magno...» —son sus palabras— que torcieran sus razonamientos é intenciones, dióse la polémica por conclusa, y aguardando estamos lo que ha de suceder y lo que han de decir los otros personajes que aun no han metido baza.

En la ley de verdad, el que escribe estas líneas tiene la cabeza hecha una olla

de grillos en lo que se relaciona con eso del abastecimiento de aguas de la población, y no sabe decir si la razón está de parte de la Empresa ó de parte de los combatientes contra la Empresa... Lo único que sabe es: que paga caño libre durante veinticuatro horas, y que, en cuanto se olvida de llenar los tientos de casa á hora oportuna: si ha de lavarse, ha de hacerlo como los gatos: con su propia saliva.

Afortunadamente, como el vino está desgravado y una arroba cuesta menos que un kilo de tomates, se manda al más cercano depósito por una damajuana y se lava uno por dentro y por fuera por poco menos de *na*.

Este hecho que voy á contar es muy corriente, y casi no merece la pena de ser descrito aquí, porque á nadie interesa; pero como constituye uno de los eslabones de la cadena de la existencia misera que arrastramos por el mundo los pequeños, bueno es que también se consigne.

Sesteábamos, vamos al decir, descansábamos en un aposento interior de una casa contigua al Hospital provincial, cuando oímos unos gritos desgarradores, acompañados de un llanto doliente y sentidísimo, que brotaba del alma.

Las voces, las quejas, el llanto, eran femeninos... y esto bastó para que, con turbado nuestro espíritu y con inusitada rapidez, saliéramos al encuentro de aquel dolor agudo que parecía entrar en nuestro corazón, desgarrándolo.

La mujer dolorosa y triste era una muchacha joven, de esas que denominamos una hija del pueblo... Descompuesta, abatida, con las manos arañándose el rostro, cubierto de lágrimas ardientes, caminaba hacia el centro de la ciudad dando sus quejas al viento entre la muda compasión de todos los que la veíamos pasar.

De vez en vez volvía su rostro hacia la inmensa mole del Hospital, del que acababa de salir, y prorrumpía en esta queja significativa:

—¡Ay, mi hermano de mi alma! Muerto sin que una mano amiga le haya cerrado los ojos. ¡Sin ver á ninguno de los suyos! ¡Sin ver á nadie!

Estas frases últimas son las que me dolieron: «¡Sin ver á nadie!»

Ese es el horror innato que tiene el pueblo á esos establecimientos oficiales llamados de caridad.

Como todo en ellos es mercenario, la queja, el dolor, el grito angustioso, son allí los ecos naturales, como lo son en la arboleda los gorjeos de los pajarillos.

Establecimientos de carne machacada en las contiguas de la vida, sus amplias naves son antecámaras del cementerio.

En los hospitales, la Muerte anda paseándose detrás de las santas y bondadosas hermanitas, y á un descuido de éstas unas veces, y ayudadas por ellas otras, llega al lecho del muribundo y cobra su presa, casi siempre por adelantado.

—¡Ni siquiera le mandan á la familia una mala razón!—decía la pobre, la triste muchachita.

Y entonces... me expliqué la escena. La joven triste había ido ese día, como todos los días que se lo permitieran, á ver á su hermano... Ese día llegó, vió la cama vacía, preguntó... y le dijeron con la mayor naturalidad:—Murió y lo enterraron.

Y eso se lo dijeron como se dice:—Buenas tardes,—por cumplimiento, por urbanidad.

Ya sé yo que esta es una cosa corriente é irremediable.

Yo no digo nada, ni á nadie critico, ni esto significa queja de ninguna clase.

Pero... me quedé mirando hacia la pobre cilla doliente con una conmiseración y un cariño tan profundos, que á cada momento la veo caminar delante de mí dando al aire indiferente sus quejas desgarradoras.

Ella se perdió en las revueltas de la ciudad, con su dolor y su pena acuestas, y allá quedó el inmenso Hospital, iluminado por las últimas luces de la tarde, con la boca abierta, esperando pupilos.

De pronto oí un toque de campana.

—Otro que va á ocupar el puesto vacío—me dije.—¡Qué remedio!... ¡A vivir y á morir como se pueda!

Un hombre de 62 años hacía vida marital con una mujer de 33.

La mujer de 33 no estaba muy conforme con el hombre de 62. Esto es: estaría conforme á las horas de comer, porque el hombre de 62 lo ganaba para ella; pero, á las otras horas, á las horas de la ociosidad y de lo otro, la mujer de 33 se buscó un aparcero de poquita edad...

El hombre de 62 enteróse de lo que sucedía, y encomendando su venganza á la primer navaja que encontró á manos, con ella apuñaló el cuerpo, no sé si fresco ó caliente, de la mujer de 33.

Un gato viejo y una gata joven nunca hacen buena compañía.

Ténganlo presente los hombres de 62 y las mujeres de 33.

Desde Cádiz á Sevilla, en un vagón del ferrocarril, venían unos cuantos viajeros.

Como es costumbre, entablaron conversación amistosa y alegre, á la que todos correspondían, excepto uno, que mostraba gran contrariedad.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntóle el más decidor.

—Que me encuentro en un compromiso. No tenía dinero bastante para comprar el billete y vengo sin él. Me he podido escapar de la revisión por venir entre ustedes, porque no se han fijado en mí; pero ahora, al llegar á Sevilla, me van á detener.

—¿Cuánto dinero lleva?

—Dieciséis reales.

—Pues bien, démelos á mí. Ahí tiene usted mi billete—y antes de dárselo escribió al dorso su nombre.

—Pero... ¿y usted?

—Yo ya me he ganado cuatro pesetas. Déjeme á mí, que yo saldré del apuro.

Llegó el tren á Sevilla. Los viajeros comenzaron á salir, dando cada uno su billete de comprobación.

Al llegar á nuestro hombre, díjole uno de los empleados de la puerta:

—Caballero, el billete.

—Lo he entregado ya.

—No, señor.

—Sí, señor.

De la disputa surgió el llamamiento del jefe, y del llamamiento del jefe el de una pareja de la guardia civil.

—¡Detenido!—dijo uno de la guardia.

—Señor guardia: Yo tengo por costumbre consignar siempre mi nombre en el billete. Ruego al señor jefe de la estación se sirva revisar los recogidos á ver si entre ellos está.

Revisados que fueron... efectivamente, se halló uno que decía al dorso: Camilo Martínez. Era él.

Los factores, la guardia y el jefe de estación se deshicieron en excusas.

—Usted dispense, caballero—decíale humildemente el jefe.

—¡Qué dispense, ni qué niño muerto!

—arguyó.—¡Venga el libro de reclamaciones!...

J. RODRIGUEZ LA ORDEN

LA OBRA DE SOLIDARIDAD

Movilización de boinas

Por fin, los ilusos podrán convencerse de que el antipatriótico movimiento de Solidaridad ha servido para dar calor y vida al carlismo, á ese partido que se encontraba muerto y sembrado de sal.

Cuando la prensa antisolidaria daba la voz de alarma, se nos calificaba de enemigos de Cataluña y de estar aliados con Moret; pero ahora que ven á los partidarios de Carlos Chapa que se organizan en *aplechs*, provocando descaradamente á la libertad, ahora hablan de otro modo.

Esos que antes nos llamaron alarmistas y exagerados, han de reconocer ahora su error, porque la realidad les entra por los ojos á puñetazos.

Bendita sea Solidaridad, dirán los trabucaires, frotándose las manos de gusto. Los descamisados declaramos francamente que nos alegramos de lo sucedido.

Ya sabíamos nosotros que la Solidaridad terminaría dando un triunfo completo al repugnante clericalismo.

Ya están los campos deslindados.

El combate que se avecina es el de siempre: la reacción contra la libertad; la luz contra las tinieblas.

A nosotros nos tiene sin cuidado la movilización de la boina roja y blanca; no nos hemos dormido; sabemos á qué atenernos.

Sigan adelante los partidarios de la Inquisición.

El pueblo radical está en guardia.

SANS-CULOTTE

¡Lo celebramos!

No pueden figurarse lo que lo celebramos nuestros caros amigos...

¿Que qué es ello? dirán nuestros lectores.

Poquita cosa—les contestaremos nosotros—muy poquita cosa; ¡nada menos que la Sardana...

«La danza mes bella de totas las danças que's fan y es desfán»

que creo dijo Maragall; nada menos que la Sardana ó séase «nostre ball nacional» resulta que está en decadencia!

¡Nunca creímos que estuviese de otro modo, sin embargo, nosotros, y más por acá!—ó si no que lo digan los vecinos de la Plaza Real y todos cuantos han tenido que sufrir más de tres veces seguidas sus monótonos compases.

Y recientemente nos lo prueba el caso del Circulo de Propietarios, de Gracia.

¿A qué se habrá debido tan triste «suceso»?

¿Se deberá á las sensatas excitaciones de los simpáticos jóvenes lerrouxistas, tan sensatas que resultan verdaderamente tradicionalistas, en nuestra comarca, respecto á danzas? ¿es que surtieron efecto las campañas de nuestro estimado colega *El Progreso*, contra nuestros malos émulos de los bailadores ampurdaneses?

Acaso.

Quizá se pretende sustituirle, llevados del afán... modernista, por no decir... revolucionario, del «jovent de l'ideya» por el «ball de mucho pie»?

¡Oh, es posible!

¿O es que acá, queriendo alardear de menos levíticos que los *bascos* (así creemos se ponen el nombre algunos de ellos) no quieren que á nuestro *battle* le entren ganas de imitar al de Bilbao, prohibidor éste, bajo multa, de todo bailoteo que no sea el de *Basconia*... y á cual efecto

nuestros republicanos (del Paseo de Gracia) nada han considerado más a propósito que el dejar decaer la tal Sardana?

¡Quién sabe!

¿O bien es, digamos por último, que las disposiciones efectivamente descentralizadoras de Ossorio, respecto al *agarrado*, han favorecido no poco a éste y han asestado golpe mortal a la Sardana?

¡Cualquiera lo asegura!

... Sin embargo, bien pudiera ser que todo lo expuesto, en su grado *respetive*, hubiera influido en el lamentable retroceso que se observa en punto a sardanas y sardanistas.

Como también el que les hubieran hecho mella a *nostres sardanistes...* del *Pla de la Boqueria* y *Eslats vehins*, los sendos sermones del P. Estebanell, de la Bonanova, contra las sardanas. ¡Porque ellos, *nostres sardanistes*, etc., son muy republicanos (del Paseo de Gracia), ¡pero si media la reprobación de un P. Estebanell!!!...

Y no menos sino más, seguramente, el que vuestras (con respeto *lerrouxista* sea dicho) mujeres, con conocimiento de viejas predicaciones de mustios predicadores, ó sin él, pero con alma... ¡han encontrado que el *agarrado*, si eran barcelonesas ó procedentes de Madrid ú otras capitales, ó las jotas aragonesa y valenciana, la danza gallega y los tangos, si procedían de lugares de regiones donde esos bailoteos son lo popular, con gustar! s las sardanas cuando son bailadas como no lo hacen nuestros *salta taulells* chirles, ¡ay! les gustan más, ¡pero retenuchísimo más!...

¡Ahí es poco el verse cara á cara y el sentir la mujer muy cerquita el corazón de su pareja!...

¡Nada, cuestión de gustes!

... Bien pudiera ser, pues, repetimos, que todo lo expuesto influyera en punto á la observada decadencia *sardomaca* ó *sardanil*, en su parte *respetive*.

¡Ay—digamos en son de pésame á los *metralleros*—á todo le llega su día y nada es eterno en este mundo, aunque sea separatista!

Pero...

... Pero, al dar nuestro sentido pésame al rendido contrario, no ocultemos, ciertamente, nuestra infinita satisfacción propia, particular.

(Aunque bien mirado, no es tan individual ó particular, sino general y muy general; como la propia expresada decadencia *sardanesca* ya lo indica).

Y al expresar ésta, añadamos para enseñanza de los catalanes venideros:)

¡Con ella, con la muerte de la Sardana de por aquí—á la cual ni la campaña de bombi-mutuos de los súbditos (en *séva*) del Conde-Güell, podrán salvar ya,—no sólo se hunde para siempre, para siempre y para siempre (¡vaya!) el *separatisme catalá*, estimulado provocadoramente con aquélla, sino que—y aún es más victoria para nosotros los españoles—ya no se dará el triste espectáculo de que *nostres mascles del Pla*, etc., al son de monótono *tun tun, tun tun* y con cabriolas chimpancescas, *ballin sols*...

¡Ay sí; todo incluso la muerte, antes que eso!

... Y lo repetimos:

¡Celebramos infinito... la defunción!

CAMPAÑAS DESCAMISADAS

LAS MUJERES DEL PUEBLO

La noche hizo día, mientras el humilde cronista deambulaba por las calles de la ciudad pomposamente con-

El sol antipático que aparece en el horizonte de consuno con los pitos de las fábricas brillaba odiosa y esplendorosamente.

Tocaban, pues, en la casi civilizada Barcelona las llamadas al tormento que en estas fábricas de la baja ciudad soportan diariamente miles de obreros y trabajadoras.

A ellas dedicamos este artículo.

El reporter noctámbulo, al caer la noche, al remontarse entre la incógnita de las horas el día blanco y pálido, más tarde animado por los impertinentes rayos de un sol de Julio, ha pasado por esas calles que afluyen á la Ronda San Antonio y que se llaman Amalia ó Carretas, Riereta, San Pablo, Cid, Marqués del Duero, etc.

No voy á hablar en este artículo de la industrialísima izquierda del Ensanche que llega hasta las Arenas, y en que también tantas obreras sufren los rigores de la burguesía.

Sentadas en la acera, frente á las puertas del taller, grupos de explotadas aguardaban la hora de empezar el mortal trabajo.

Sus caras macilentas y ojeras denotaban cansancio y abatimiento; ese hundimiento moral que caracteriza á los atormentados por la presión de las necesidades de la vida.

Bellas en su mayoría, mas cubierta su hermosura por la máscara del sufrimiento, sonreían resignadamente á las apagadas conversaciones que el corro sostenía.

Aquello era terrible, horroroso.

El telar, potro de tormento de nuestra inquisición de ahora, se encarga de que aquellas jóvenes nacidas para la vida y la felicidad, para el amor, sufran el rigorismo incalificable de un trabajo brutal, aniquilador.

El telar, horrible máquina, sátiro de las mujeres del pueblo, desflora cruelmente la sublime virginidad de sus siervas. La tez viva y colorada, radiante de salud, tórnase ahora pálida y flácida, amarillenta, por causa de las violencias de la máquina infernal.

Esa es la vida de las mujeres del pueblo que caen bajo la férula de un burgués, que no siempre resulta burgués sólo, sino que á veces también es un sátiro, una bestia humana que cree tener sobre sus obreras derecho de posesión. La historia de las mujeres del pueblo es muy larga y penosa.

Y precisamente no hay nada mejor que exhibir á las esclavas sus llagas para que reaccionen y se preocupen seriamente de sus derechos y deberes.

En nombre de todo sentimiento humano, de la más sagrada fraternidad, este cronista ofrece á las descamisadas esta sincera hoja semanal, para que en ella emitan todas su opinión respecto de sus intereses como factores en la vida social de la humanidad.

¡Mujeres del pueblo! Preocuparos de vosotras mismas, trabajad por vuestra emancipación. EL DESCAMISADO se halla á vuestras órdenes.

Admitiremos cualquier trabajo que sobre sus intereses y su emancipación se nos remita con firma de mujer.

La próxima semana continuaremos esta campaña con el entusiasmo con que se verifica toda obra de justicia.

“El Descamisado” por las comarcas

Esa es en todo lo posible, sin descuidar nuestra labor, la batalla que vamos librando hace tanto tiempo y ahora nos proponemos seguir como nunca.

EL DESCAMISADO se propone acudir á cuantos lugarejos y cuantas villas y pueblecillos haya un solo nacionalista y anti-español.

Nos proponemos acudir á esos sitios para que la boca de esos difamadores enmudezca para siempre; ellos que tiran la piedra y esconden la mano, van á tener quien responda á sus ataques con un brío que poco imaginan.

En los pueblos en que EL DESCAMISADO haga oír su voz, serán retadas las comadres del nacionalismo á demostrar y probar las infamias de Lerroux, para que de su silencio y de su impotencia (pues no tienen nada que decir de él) quede más y más elevada la noble figura de nuestro ilustre jefe.

Y vamos á dar cuenta del mitin que el

sábado pasado tuvo lugar en Montblanch y del cual hace esa sabandija que se llama *Metrala* unos comentarios estúpidos y necios que más abajo contestaremos.

El mitin de Montblanch

Nuestros queridos correligionarios de este pueblo habían hecho circular una valiente hoja en que se anunciaba el que luego resultó grandioso acto, espléndida manifestación republicana.

Bajo la presidencia de nuestro querido amigo el ilustrado publicista de Reus, D. Cristóbal Litrán empezó el mitin en que hicieron uso de la palabra Pedro Jordana, J. Escoda y Jaime Socías, decididos luchadores, individuos de la Juventud Republicana de Reus, quienes en cálicos párrafos abogaron por el triunfo de nuestra causa y el hundimiento de la reacción.

A ellos siguió el ilustrado propagandista don Jaime Sardá, director de *El Consecuente*, nuestro valiente colega de la patria de Prim, quien en elocuentes frases y elevación de miras hizo firme crítica del nefasto movimiento solidario, profetizando el triunfo de Lerroux, nuestro querido jefe.

Luego habló el redactor de *El Progreso*, nuestro amigo Enrique Tubau, quien con diaphanidad de concepto y galana frase entonó un himno á la juventud, única esperanza de la patria.

Puntualizó elocuentemente la trágica y dolorosa evolución porque ha pasado el partido radical hasta lograr, con el hundimiento de sus enemigos, su glorioso triunfo, alumbrado por la razón y la justicia. Fué muy aplaudido.

Seguidamente, entre aplausos, se levantó para hacer uso de la palabra nuestro entrañable compañero de redacción Pierre.

Tras de una fogosa peroración atacando á ese funestísimo movimiento de Solidaridad, cuyos directores, con su campaña reaccionaria, sólo se han preocupado de dar importancia á las hordas carlistas, que hoy se hallan pujantes y felices para vergüenza de España, nuestro querido amigo y compañero, hablando de la obra nobilísima de Lerroux, lanzó el siguiente reto á sus miserables calumniadores:

«Tenéis la costumbre de calumniar á Lerroux á nuestras espaldas. Hoy que estamos aquí y frente al pueblo, reto á todos los solidarios y nacionalistas á que suban á la tribuna á sostener las calumnias lanzadas.»

A este reto siguió el silencio más absoluto y cobarde. Nuestro amigo repitió tres veces el reto y el mismo silencio reinó en el local. Los detractores de Lerroux debían tener el alma en un hilo.

Pierre supo demostrar, ante el silencio que sucedió á su desafío, la cobardía de los calumniadores que en las solemnes horas de prueba huyen cobardemente y sólo pretenden salpicar con su baba á los ausentes, sin pensar que las plantas de éstos se hallan muy por encima de su raquílica cabeza. Una ovación calurosa acompañó las últimas frases de nuestro amigo.

Nuestro amigo, el consecuente propagandista D. Alfonso Rocabrana, recién llegado de Huesca, dirigió también la palabra al pueblo de Montblanch, alentándole á que prosiga en su labor progresiva, sin altos en la marcha, que siempre causan prejuicios á la labor.

El ilustrado escritor que presidía el acto, Sr. Litrán, resumió con gran brillantez el grandioso mitin, glosando con gran clarividencia los discursos pronunciados, afirmando que probaban la vida de nuestro partido.

Como los oradores que me han precedido han acabado con la última profesa y el fraile postrero, á mí sólo me queda rematarlos con un sonoro ¡viva la libertad!, dijo el Sr. Litrán mientras escuchaba una gran salva de aplausos.

El mitin terminó con gran éxito en medio del mayor orden.

Actos como el de Montblanch evidencian la potencia de nuestro partido y la inmortalidad de su ilustre jefe D. Alejandro Lerroux.

Comentarios

Ahora sólo nos resta hacer constar que lo miserabilidad de las bestiezueltas que en Barcelona redactan el papelucho separatista, nido de todos los rencores y miserias, no logrará nunca empañar el

brillo del más humilde de nuestros actos. Las sabandijas se revuelven en su lodazal y pretenden salpicarnos.

No saben que la plataforma de nuestra dignidad y honradez se halla asentada sobre los irreductibles cimientos del cariño popular, fuente de toda vida.

Las ramerías separatistas, que el asesino y carlistón cura Cucala resucite para confesarlas.

Ora pro nobis.

Rotos y descosidos

El concejal descamisado, nuestro amigo Luis Zurdo Olivares, se halla restablecido de su enfermedad, satisfaciéndonos en gran manera.

No conviene á los descamisados que enferme Zurdo, pues es de los contaditos que se levanta desde los escaños del Ayuntamiento á cantar las verdades del barquero.

Con que carcas solidarios, preparaos.

En la Casa del Pueblo se reunieron los obreros carreteros que sostienen una justa huelga contra el asqueroso burgués y, por añadidura, catalanista Aixelá.

Uno de los varios carreteros que hicieron uso de la palabra, dijo en tonos de descamisado:

—Aixelá es un tío que grita: ¡Visca Catalunya! y explota al poble catalá.

¡Ay, Aixelá, Aixelá! que te an conagudo al llautón.

Todos los catalanistas son iguales, piden la autonomía de Cataluña para esclavizar á los obreros catalanes.

Bien por los carreteros.

No enseñes en la playa
la pantorrilla,
¡que hay muchos solidarios
junto á la orilla!
Y es gente fresca
que va á ver (y no á verte)
lo que se pesca...

El expresidente de la República, *bombardeador* de cantonales, indiscutible jefe de la fenecida Unión, republica y mayestático San Salmerón, ha abandonado la jefatura. Dicen que por breves días.

Se va á tomar viento ó aguas á Pau (Francia), acompañado de su entrañable hijo *Pau* ó Pablo, que es lo mismo.

Buen viento.

¡Ah! Pero nos consolamos, porque el gran filósofo regresará pronto, muy pronto.

Y dirán ustedes:

¿Para hacer patria y república?

¡Quién, hombre, quí!

Para ir á Puigcerdá á la finca del negro y *hermanito* de Lerroux.

Salmerón está impaciente esperando el famoso chalet que le dan los catalanistas en pago de su traición al pueblo.

No está mal la martingala que se trae el calvo de la calle de la Lealtad.

Y es lo que dirá el filósofo:

—Me paso una temporadita en los dominios del *anarquista* Junoy y Gelabert, y haciendo el tonto, á ver si me dan el chalet.

Que se lo den, que se lo den.

Los descamisados no sólo le daríamos el chalet, sino unos cuantos *capones*, y algo más.

Malas lenguas nos han manifestado que hay gran revuelo en la Solidaridad. Claro, como que se acercan elecciones municipales.

Vaya un *bullit* que se ha armado.

Los de la Lliga no quieren dar ninguna acta á los nacionalistas.

Los federales reclaman puestos y no se los dan.

De la Unión republicana nadie se preocupa.

Y los carlistas se creen con fuerzas para luchar contra todos.

Y tienen razón.

La tienen, y la tienen.

Vaya una marea.

¡Vivaaa la Solidaridad de las actas!

Imprenta José Ortega. San Pablo, 96.—BARCELONA